



Niños en conflictos armados periféricos: un análisis de la situación de Palestina, Colombia y República Democrática del Congo*

Thais Akemi Mikuni**

El sistema internacional sufrió diversos cambios en los últimos años, lo que generó nuevos actores y nuevos conceptos acerca de la seguridad. La globalización aliada al neoliberalismo creó nuevas amenazas globales en una arena en la cual los Estados no consiguen mantener el orden interno y tampoco consiguen restringir las amenazas externas a sus propios territorios. Esos cambios en el sistema internacional también contribuyeron a la profundización de las diferencias entre los Estados desarrollados y los Estados periféricos que siguen sufriendo directamente los efectos de las transformaciones económicas, políticas, ideológicas y sociales del sistema.

Es sabido que los conflictos que predominan en la actualidad son los conflictos intraestatales, que sustituyeron el clásico enfrentamiento entre Estados. Los conflictos actuales buscan afectar más específicamente a los civiles, ya que destruir ejércitos no genera impactos tan representativos en la sociedad internacional. Por consiguiente, es más peligroso estar entre los civiles que vestir el uniforme de un grupo armado, ya que las escuelas, hospitales, restaurantes, supermercados y otros predios públicos son los blancos de los ataques actuales. Según el profesor Ángel Pablo Tello, desde 1945 hasta 1990, 75 % de los muertos en las 146 guerras registradas en ese período eran civiles. Un número terrible si lo comparamos con el 1 % de muertos civiles registrados en la Primera Guerra Mundial. (Tello: 2001).

Los conflictos actuales se concentran en la periferia del sistema internacional, que fue moldeada de acuerdo con las expectativas de las potencias, sin considerar las diferencias amplias entre los dos lados involucrados en el proceso; por consiguiente, observamos una resistencia de los Estados periféricos en considerarse como parte de la sociedad internacional.

El simple hecho de que en la periferia el Estado no logró controlar su territorio políticamente, así como no consiguió detener el monopolio del uso de la fuerza, refleja la incapacidad de los gobernantes de crear una nación en la cual los individuos se identifiquen como un pueblo perteneciente al mismo Estado. En realidad, dentro de los países periféricos la diferenciación existente entre los grupos sociales es evidente y

* El presente escrito es un resumen de la Tesis de Maestría en Relaciones Internacionales, defendida por la autora. Su versión completa se ofrece en el segmento digital de esta Revista, que se encuentra disponible en nuestra página www.iri.edu.ar

** Magíster en Relaciones Internacionales, Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata.

fue lo que determinó la formación de los gobiernos corruptos que conocemos hoy. Algunas clases sociales fueron privilegiadas, o por su poderío económico o por su vinculación con otros grupos políticos dominantes, generando un gobierno desigual que poco se preocupó por los reclamos de los más necesitados.

Con el fin de la Guerra Fría, los embates indirectos entre las dos potencias en la periferia finalizaron, así como disminuyeron los recursos económicos provistos por ellos para sus Estados aliados. Sin ayuda externa, muchos Estados ya no pudieron mantener el orden ficticio y los conflictos civiles se generalizaron. Esos conflictos se distinguen de las guerras interestatales en diversos puntos, como su ausencia de ideología y por su expansión bajo el uso de creencias antiguas en rituales religiosos o étnicos. Otro punto muy interesante es la ausencia de una fuente de financiamiento fija, ya que el Estado no actúa como garante. Sin recursos regulares, muchos conflictos se prolongan por mucho tiempo, ya que pasan a ser enfrentamientos indirectos, semejantes a las técnicas de guerrillas, que atacan y retroceden de acuerdo con las respuestas del enemigo.

Hoy observamos un grupo de personas que son consideradas la periferia de la periferia, ya que la diferenciación entre los grupos sociales dentro de un Estado es cada día más visible. Esas personas, rechazadas por su propia sociedad, acaban buscando alternativas viables a su insatisfacción. Frente a la indiferencia del Estado, cabe a los civiles optar por seguir bajo un gobierno que en muchos casos perdió la autoridad frente a su pueblo o unirse a los grupos armados que les ofrecen la seguridad no garantizada por el ejército. De esta manera, surgen nuevos actores en el escenario internacional, dispuestos a luchar por sus derechos, independientemente de los medios.

El surgimiento de nuevos actores se concretó a partir de la búsqueda de algunos grupos en divulgar sus causas. La diferenciación entre el “yo” y el “otro” se tornó cada vez más profunda y el proceso de atribuir al “otro” la culpa por sus propios problemas se tornó un acto muy frecuente. Por consiguiente, surgieron o se certificaron los movimientos de diversos nuevos grupos armados, que pasaron a creer en su capacidad de cambiar la configuración del sistema.

Esos manifestantes, frecuentemente denominados como terroristas, no luchan específicamente por una causa política, económica o social. Hoy la revuelta es contra el sistema que los oprimió y que les negó distintas capacidades de desarrollo en todos los sentidos. Por tornarse una reivindicación que es compartida por muchos, esas amenazas no siguen localizadas, sino que se propagan a través de los medios de comunicación en tiempo real.

La identidad se tornó una fuerte causa de la violencia ya que substituyó en parte las motivaciones económicas y políticas de los conflictos. Identificarse como un grupo y generar el concepto “de nosotros” es una respuesta al concepto amenazador “del otro”. La creencia de que los problemas enfrentados hoy son fruto de la actuación de grupos rivales que lograron perjudicar el desarrollo de sus enemigos en beneficio propio se constituyó en una constante muy utilizada por los promotores de los conflictos que buscan manipular las variables a su favor.

Religión, etnicidad e identidades sociales son variables cada día más utilizadas para la formación de grupos distintos que no admiten la convivencia entre sí. Creyendo en su superioridad o creyendo haber sido perjudicados, muchos grupos buscan unirse no sólo por el beneficio común, sino también como una forma de protegerse contra una amenaza externa. Los líderes de esos grupos, aparte de luchar por sus

causas individuales, también aprovechan la oportunidad para maximizar su poder dentro del grupo y frente a los demás, resultando en el uso de la fuerza para lograr sus objetivos y la difusión de la intolerancia para alimentar el odio por el “otro”.

Las guerras perjudican a los civiles en general; no obstante, los grupos más frágiles siguen siendo siempre más perjudicados. Los niños, menores de dieciocho años, que llamamos niños de acuerdo con la Convención sobre los Derechos de los Niños de 1989, se constituyen en una parte duramente afectada por esa violencia, quizás porque constituyen una gran parte, cuando no son la mayor parte, de la población de las regiones alcanzadas por conflictos; quizás, además, porque después de perder a sus padres y familiares no tienen a quién solicitar protección. También el problema sigue ganando proporciones preocupantes. Según las Naciones Unidas, en los últimos diez años, seis millones de menores fueron perjudicados por los conflictos armados y dos millones terminaron muertos.

Por tratarse de una franja de la población que está en la fase de formación de su personalidad, de sus caracteres físicos y psicológicos y que están aprendiendo a convivir en sociedad, el reclutamiento de esos menores en grupos armados, paramilitares y ejércitos es un factor extremadamente preocupante y que demanda un mayor número de trabajos académicos.

Hoy, el universo de temas sobre los niños envueltos en conflictos es muy amplio y las percepciones de las diferentes ciencias contribuyen para el debate. Académicamente se observan dos grandes temas de estudio: el reclutamiento y la desmovilización de los menores. Cuando se analiza la salida de los niños de los conflictos armados se evidencian los traumas causados por la guerra, que son estudiados en su mayor parte por la psiquiatría y por la psicología, que en general destacan problemas de comportamiento y de desorden físico. Aparte de eso, no se puede sólo sacar a los menores de los conflictos, hay que apoyar su rehabilitación, e irlos preparando psicológicamente para una nueva vida. Los programas de desarme, desmovilización y reintegración también generaron diversos trabajos académicos que analizan el éxito o el fracaso obtenido por los gobiernos y organizaciones no gubernamentales. Una visión compartida por diversos trabajos es que, además de preparar a los niños ex combatientes, es necesario desmitificar el rol de culpable que es dado a esos niños por sus sociedades, que muchas veces se niegan a aceptarlos entre sus miembros; luego es necesario preparar y reeducar a los civiles para recibir con dignidad a los niños en sus grupos.

Otra rama de trabajos apunta a las causas del reclutamiento de niños. Es interesante resaltar que en algunos estudios el reclutamiento es definido como voluntario, sin explicitar la connotación que tiene esto. El reclutamiento dicho como voluntario tiene diversas causas que merecen mayor atención. Entre esas causas se destacan aspectos económicos, políticos, culturales y sociales –resaltando el rol de la religión y de las etnias como variables determinantes de la adhesión de los menores a los conflictos.

Lamentablemente, la cantidad de trabajos académicos que busca analizar el reclutamiento de niños como el resultado de la coyuntura internacional es muy limitada. La mayor parte de los trabajos busca comprender la realidad local de distintos Estados, sin observar que existe una raíz común a todos esos conflictos. Prácticamente ningún autor hasta hoy buscó comparar diferentes grupos de niños en conflicto para establecer la variable común que lleva al reclutamiento de menores. Observando ese vacío, el presente trabajo busca contribuir al fomento del debate académico en esa temática.

Como actores, los niños participan de los conflictos armados como combatientes en el frente de batalla, o también como soportes auxiliares, que trabajan internamente como espías, como cocineros, como vigilantes, como cargadores o incluso como esclavos sexuales. Más que combatientes, la sociedad internacional necesita admitir el rol de víctima de esos niños, que aun siendo protegidos por diversas convenciones internacionales, regionales o nacionales, siguen siendo reclutados por grupos armados, paramilitares y ejércitos que no reconocen los perjuicios causados en esa fase de desarrollo fundamental del ser humano.

Un diferencial que estimula el reclutamiento de niños es su mayor obediencia y menor costo a los combatientes. Los niños son más pequeños y pueden desempeñar tareas que demandan mayor delicadeza y más agilidad. Aparte de eso, los menores tienen mayor capacidad de aprender nuevas tareas y bien entrenados, los niños se tornan capaces de luchar movidos por la aventura, sin cuestionar las consecuencias de sus actos. El dilema moral que enfrenta el enemigo frente a un ejército de niños también es un fuerte incentivo al uso de menores en los conflictos armados. Luchar contra un menor no es una tarea sencilla para soldados entrenados en enfrentar enemigos preparados para la guerra. La muerte de niños también provoca revueltas cuando son divulgados por la prensa. Aparte, la opinión pública pasa a juzgar aquellos que matan menores, independientemente de si se trata de un acto de autodefensa o de una demostración de superioridad.

De esta manera, para los reclutadores, mantener menores entre sus combatientes es una gran ventaja y por lo tanto es necesario atraer a los niños a participar de las batallas. A través de programas promovidos por el gobierno o por charlas informales, los reclutadores consiguen despertar en los niños la curiosidad de actuar en las batallas. Como se dijo diversas veces en ese trabajo, se trata de una idea falsa de voluntarismo, ya que la adhesión de un menor a un grupo armado no es espontánea y sí resultado de una unión de variables que los impulsan a tomar esa decisión.

A través de entrenamientos que destruyen la inocencia de los niños, los soldados buscan difundir la violencia como un componente diario y común en la vida de los menores, generando en el imaginario de los niños la percepción de que esa es la realidad a la cual están expuestos y de la cual no pueden huir. Romper los lazos de solidaridad que existía entre los menores y su sociedad es una de las tareas de los reclutadores, que precisan transformar a los niños en personas insensibles al sufrimiento de los demás. Las torturas, las palizas y las amenazas; todas esas agresiones resultan en el surgimiento de menores más duros y valientes, como tanto desean los reclutadores. En realidad, son menores que posiblemente presentarán problemas físicos, psicológicos y sociales durante todas sus vidas.

Los traumas generados por la participación de menores en conflictos armados son inestimables y los programas de desarme, desmovilización y reintegración se mostraron insuficientes para solucionar esos problemas. A veces por falta de recursos del gobierno, por falta de preparación de los funcionarios, por la reluctancia de los grupos armados o por la intolerancia de la sociedad, los niños no consiguen concluir con éxito su proceso de recuperación post conflicto, resultando en una gran cantidad de menores que, sin tener otra alternativa, opta por retornar a los conflictos.

Aparte de eso, es válido observar que las niñas sufren aún más cuando se incorporan al conflicto, ya que el prejuicio contra las mujeres sigue generando mayores limitaciones a las niñas, que además de ser consideradas inferiores a los menores en

algunos grupos, también sufren con los abusos sexuales cometidos por grupos enemigos o incluso por soldados de su propio grupo. El embarazo genera otras consecuencias, ya que las niñas no tienen capacidad de cuidar de sus hijos y muchas reniegan de ellos por considerarlos fruto de sus pasados sombríos.

De esta manera, es necesario analizar la causa del ingreso de los niños en conflictos armados en situaciones distintas. Para ello se ha elegido caracterizar a los niños envueltos en los conflictos armados a través del estudio de tres casos puntuales: Palestina, República Democrática del Congo y Colombia. Buscaremos describir los aspectos comunes entre estos conflictos estudiados para intentar relacionar las raíces del conflicto y el proceso de toma de decisión de los niños.

Palestina fue elegido como uno de los casos, por tratarse de una región que sigue en conflicto hace muchos años y en donde el discurso religioso pasó a legitimar un conflicto político-territorial, ya que tanto israelíes cuanto palestinos quieren un espacio físico para mantener vivas sus culturas, historias e ideales. Aparte, los palestinos constituyen el grupo con mayor número de refugiados en todo el mundo, hecho que perjudica el desarrollo de los niños palestinos que dejan de creer en una vida digna en este mundo. El énfasis temporal será puesto en el período comprendido entre los años 2000 y 2007, desde la II Intifada, en la cual la juventud perdió participación política en la causa palestina con la utilización de las milicias, hasta la Conferencia Internacional sobre el drama de los niños soldados patrocinada por la UNICEF, que resultó en los Principios de París y que será utilizada como marco final para los tres estudios de caso.

La República Democrática del Congo es el Estado que más niños tiene envueltos en conflictos. Esto es resultado de años de corrupción y dictadura, que llevaron a la aparición de diversas guerrillas que buscaban alcanzar sus objetivos a través de la guerra civil. Además de los problemas gubernamentales, los frecuentes choques entre las etnias existentes en el territorio crearon una mayor inestabilidad local, resultando en la prolongación del conflicto. Sin esperanzas, los niños congoleños buscan una oportunidad para obtener reconocimiento social, independientemente de los medios e implicaciones que el proceso pueda generar. El énfasis temporal estuvo dado entre los años 1998 y 2007, desde la interferencia de los países africanos en la guerra civil congoleña, lo que profundizó la gravedad de la situación, generando la llamada Guerra Mundial Africana, hasta los Principios de París.

Colombia, a su vez, también presenta uno de los conflictos civiles más duraderos de la actualidad y que generó diversos cambios en la estructura de su sociedad. El narcotráfico y la militarización del Estado siguen alimentando la rivalidad entre los grupos vigentes y el reclutamiento de niños sigue igual frente a la prohibición internacional. El énfasis temporal estuvo dado entre los años 2000 y 2007, desde el marco simbólico que significó el éxito de una operación en Suratá Santander, que recuperó 73 niños y adolescentes en poder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, hasta la enumeración Principios de París.

Nuestra hipótesis es que la manipulación política de ideales sociales y religiosos, fruto de los nuevos conflictos intraestatales en la periferia del sistema internacional, es la responsable por el reclutamiento de niños. Partiendo de esa premisa, dos indicadores serán utilizados para probar el rol de la manipulación política: la nueva configuración del poder, representada en los cambios sufridos en la búsqueda de control político promovido por las milicias y los gobiernos a través del desplazamiento forzado, y la utilización de una ideología de superación, en la cual tiene importancia vital

el discurso de las milicias y de los gobiernos para atraer a los niños hacia una nueva percepción del mundo idealizada por los menores.

El desplazamiento forzado es una de las nuevas técnicas y ha sido utilizado como una forma de control político a través de una nueva configuración del poder. Como observamos durante los tres casos estudiados, el desplazamiento sigue configurándose como una estrategia de control territorial local, tanto para mantener el control como para conquistarlo. A través de la expulsión de los civiles es posible exterminar el apoyo de la población local a sus rivales, así como adquirir tierras y propiedades que posibilitan la continuidad de los grupos financieramente.

En Palestina, además de motivaciones históricas, la identidad religiosa es un gran estímulo a los conflictos armados. La oportunidad de obtener el control político y territorial en Palestina impulsó el desplazamiento forzado de millares de personas, generando el mayor grupo de desplazados en todo el mundo. Sufriendo bombardeos, guerras declaradas, desappropriaciones y separaciones a través de un muro, los palestinos siguen enfrentando diversas dificultades para realizar sus actividades cotidianas. Entre esas personas, los niños constituyen el grupo más perjudicado, ya que pierden la oportunidad de tener una infancia saludable y siguen ampliando la denominada "generación perdida".

Aparte de eso, los menores desplazados palestinos fueron los mismos que intentaron defenderse con piedras ante ejércitos provistos con armas de alta tecnología. Esos menores, frustrados con su impotencia, intentan manifestar su insatisfacción y pueden ofrecerse como mártires y cometer suicidios religiosos manifestando su voluntad de luchar por cambios sustanciales, ya que se perciben con las manos atadas.

Además del desplazamiento, los niños tienen el derecho a convivir en sociedad y no ser negados a través de las detenciones arbitrarias en las cárceles israelíes. El juicio inexistente o que utiliza torturas y amenazas no considera la edad de los menores así como las leyes internacionales de los derechos de los niños. Lamentablemente, muchos niños asustados se declaran culpables sin ser realmente responsables por las acusaciones y siguen privados de su libertad, así como acontece con los menores desplazados.

En la República Democrática del Congo, los enfrentamientos siguen señalando que la influencia internacional puede perjudicar la resolución de conflictos internos. Alimentados por gobiernos corruptos y que favorecen a determinados grupos sociales, el odio contra su semejante se dispersa y puede perjudicar etnias que convivieron en armonía durante mucho tiempo. La presencia de diversos grupos armados en la República Democrática del Congo, aliada a la actuación violenta del ejército, resultó en un conflicto aún más complejo, ya que diversas alianzas fueron establecidas así como diversas rivalidades resultaron promovidas.

Por consiguiente, el título de Estado que más utilizó niños en sus frentes no es algo inesperado, ya que la situación restrictiva y miserable en que viven esos menores sólo podría resultar en esas cifras. Una gran parte de esos menores fue afectada directa o indirectamente por los desplazamiento forzados, hecho que explica en parte la participación de los menores en los conflictos. Millones de congoleños murieron en la guerra o como consecuencia de ella, ya que las enfermedades y el hambre contribuyeron directamente a las muertes de los desplazados.

El debilitamiento de las comunidades locales es el resultado esperado por los grupos armados que buscan maximizar sus posibilidades de actuación. Amenazando a los moradores locales o expulsándolos, los grupos armados siguen disputando partes

del territorio congoleño sin preocuparse por la separación de familias y por el posible choque entre diferentes etnias después de los procesos de desplazamiento. Esas rivalidades internas resultan en mayores complicaciones para los desplazados internos o refugiados, que además de tener que empezar otra vez sus vidas, también deben preocuparse por los posibles conflictos con las poblaciones locales de las regiones que ellos pasarán a habitar.

Lamentablemente, la creación de centros provisionales para estimular la desmovilización y la reintegración de los niños en la sociedad congoleña fue un intento de resultados muy limitados, ya que el desplazamiento forzado resultó en muchos menores huérfanos o incluso lejos de sus comunidades, dificultando la reintegración social. Aparte de eso, las sociedades se resisten a aceptar niños que participaron de los conflictos por creer que esos menores cargan el mal dentro de sí después de matar a otras personas.

Observamos que así como los menores palestinos, muchos niños congoleños siguen en las cárceles del gobierno detenidos por los crímenes cometidos en los conflictos. Muchos fueron torturados para firmar confesiones falsas y otros ni fueron juzgados judicialmente. Muchas milicias también aprisionan niños capturados en los grupos enemigos y los amenazan, los torturan y hasta los matan sin respetar los derechos intrínsecos a esos menores.

En el caso colombiano, el surgimiento de las guerrillas es reflejo de las ideologías del mundo bipolar, donde el miedo del socialismo generó la militarización del Estado para contener a las manifestaciones populares. El choque entre el ejército, las milicias y los paramilitares sigue presente en regiones más carentes de infraestructura, en las cuales los menores no tienen acceso a escuelas, hospitales y otras instituciones públicas.

Igual a los otros dos casos estudiados, Colombia presenta una gran cantidad de niños que hoy corresponden a casi la mitad de la población del Estado. Eso se refleja en el montante de niños que siguen envueltos en los conflictos y que intentan, sin éxito, huir de esa situación. Además, los procesos de desmovilización y reintegración colombianos son muy limitados y necesitan de apoyo financiero, además de especialistas en el tema. La sociedad también debe ser reeducada, ya que primero es necesario combatir el prejuicio contra esos menores.

Los menores también sufren el hecho de convivir con las amenazas generadas por el narcotráfico, que se tornó una de las principales rentas de algunos grupos colombianos. Para los traficantes de los estupeficientes, el negocio es muy rentable, pero para los campesinos se constituye en una fuente de sueldos muy limitada, pero que en algunos casos sigue siendo su única fuente para sobrevivir. El desplazamiento en Colombia es profundamente agravado por el cultivo de drogas, ya que el negocio demanda tierras que son des apropiadas a la fuerza por los guerrilleros. Aparte, muchos campesinos tienen la posibilidad de permanecer en sus hogares desde que colaboran con el tráfico, hecho que los torna dependientes de una realidad muy peligrosa. De esta manera, observamos que el desplazamiento generó la muerte de millares de padres de familia que intentaron defenderse sin éxito, resultando en una gran cantidad de niños huérfanos que pasaron a vivir con sus familiares que no tienen capacidad económica o psicológica para criarlos.

Como fue observado, 70 % de los desplazados en Colombia son niños, que se convirtieron en refugiados en otros países o desplazados internos en la periferia de los departamentos colombianos. La situación de esos menores que se quedaron en

Colombia es extremadamente preocupante, ya que pasaron a vivir en una situación de extrema pobreza y muchos acabaron cometiendo pequeñas infracciones para sobrevivir. Muchos niños, sin otra opción, adhieren a los grupos armados para buscar una forma de protegerse. Los refugiados, aquellos que huyeron del país en busca de mejores condiciones, encontraron la resistencia de Estados vecinos, como Ecuador, por ejemplo, que por no tener infraestructura necesaria para atender a los menores acaban generando malestares diplomáticos a nivel regional.

Para empeorar la situación, las minas terrestres y los secuestros extorsivos se tornaron tácticas muy utilizadas por los grupos armados colombianos para expulsar a la población de sus hogares y así asegurar el dominio de partes del territorio colombiano. Lo mismo ocurre con la disminución del uso de esas herramientas: la amenaza de su uso aún asusta a los civiles que no consiguen vivir tranquilos en sus tierras.

Los reclutadores también percibieron que a través de un discurso atractivo es más fácil atraer a los menores para un mundo idealizado, donde se creó una nueva percepción del mundo que agrada los niños. El uso de amenazas no es tan eficiente como el uso de un discurso convincente que conquista el imaginario de los menores y los torna más fieles y obedientes. Cuanto más involucrados están los niños en los proyectos de los grupos armados, más motivados se tornan para luchar contra el enemigo y su tarea deja de ser una obligación y se torna un placer. De esta manera, la idea de que los niños pueden conquistar poder es uno de los factores que más atrae a los niños, que tienen la esperanza de que la sociedad los reconozca como parte relevante del grupo.

La ideología del poder aparece en el caso de Palestina, en los beneficios prometidos a los menores después de sus muertes. El martirio que glorificaría y tornaría a los niños en héroes es en realidad una gran estrategia de los grupos armados para divulgar sus causas y sus capacidades destructivas a través de los medios de comunicación. El uso de la religión como una herramienta para influir y confortar a los niños es ampliamente generalizada en Palestina, donde la idea de que la muerte es el inicio de una nueva vida mucho más digna y llena de recompensas es difundida como una fuerte causa para el propio sacrificio.

Los gobernantes palestinos contribuyen directamente al reclutamiento de menores ya que tienen el control de los medios de comunicación y así difunden informaciones distorsionadas, que presentan a Palestina exclusivamente como víctima del enfrentamiento con los judíos, despertando la insatisfacción en los menores cada vez más temprano. Aparte de eso, programas infantiles circularon en la televisión palestina, en los cuales muñecos cantaban y jugaban para incentivar a los niños a participar de la guerra. El hecho sorprendió a la sociedad internacional, que cuestionó la manipulación de los niños. Además, diversos programas desarrollados por los gobernantes promueven la participación de los menores en campos de veraneo, donde ellos aprenden diversas técnicas de guerra y son estimulados a participar "voluntariamente" del conflicto palestino. La prohibición internacional de programas con esa finalidad no limitó la difusión de los campos en toda la sociedad.

Indiscutiblemente, el rol de personas próximas a los menores es un gran factor de decisión en el reclutamiento de niños. Observar a sus padres o hermanos morir a manos del enemigo genera un odio que canalizado puede resultar en un reclutamiento bien exitoso de menores. Por consiguiente, el discurso juega un rol determinante, ya que cuando personas en quienes los menores confían, como sus familiares, amigos y maestros, pasan a defender ideales de guerra y de venganza, los menores bus-

can imitarlos creyendo ser esa la opción acertada frente al conflicto. En el caso palestino, muchos padres apoyan el martirio religioso, generando la idea de que se trata de un sacrificio necesario y benéfico para todos.

El muro que segrega a los palestinos también debe ser apuntado como un factor que genera el discurso alrededor del reclutamiento. Los menores, influenciados por personas próximas o por la prensa, observan la necesidad de luchar inicialmente por su libertad y después por sus otros derechos fundamentales. Sin embargo, lo que percibimos es que el reclutamiento de niños no es la única forma de resistencia entre los menores palestinos. Ellos buscan crear diversas maneras de convivir con el conflicto en Palestina. Su búsqueda continua por nuevas formas de enfrentar la violencia cotidiana es admirable y lo que presenciamos hoy es que los menores consiguen fortalecer sus esperanzas en medio a la guerra. Es interesante notar que el desafío que enfrentan los menores para llegar a sus hogares, empleos o escuelas los tornan cada vez más desafiantes de una realidad impuesta contra su voluntad.

El discurso utilizado por los reclutadores congoleños no exalta los beneficios que los menores lograrán después de sus muertes, como entre los palestinos. Para los congoleños la recompensa está en el presente, más específicamente en el poder espontáneo que las armas generan en los combatientes. Frente a una realidad miserable, donde la privación y la violencia son realidades cotidianas y donde las personas próximas a los niños murieron o no pueden ayudarlos, conquistar reconocimiento social, independientemente de los medios, es el deseo que los niños comparten y que los reclutadores ofrecen a aquellos que están dispuestos a combatir.

Para idealizar una nueva posibilidad de futuro a los menores, los reclutadores buscan trivializar la violencia, a punto de hacer que los niños no se molesten ante el sufrimiento ajeno, sea éste el de sus padres o hermanos. Obligar los menores a matar personas próximas es una de las formas encontradas por los reclutadores de retirar la inocencia infantil y sustituirla por la frialdad de la guerra. Después de tornar a los menores indiferentes al dolor, los reclutadores aprovechan para demostrar que en esa nueva vida los niños no tienen que tener miedo de nadie ya que son las otras personas quienes deben respetarlos y temerles. Demostrar que la vida de los menores era peor y que los menores se beneficiaron del conflicto es una estrategia que ha logrado generar nuevos reclutas en los grupos congoleños.

Aparte, para lograr la obediencia ciega de los niños, muchos rituales y creencias son difundidos como verdades absolutas e incontestables. El universo mágico de los ritos puede intimidar y al mismo tiempo conquistar adeptos con una facilidad increíble. El gran problema es que los cultos antiguos en esos casos acaban por incentivar el reclutamiento como un procedimiento necesario. Invertir valores y transformar el mal en el bien es una técnica muy peligrosa, ya que impulsa ideas de que vivir en armonía es imposible. Cuando las armas y los combates se tornan parte de las actividades diarias de los menores, los valores de familia, educación y empleo son olvidados, generando un ciclo vicioso de conflictos.

En Colombia, la idea de que las armas generan poder y de que son herramientas capaces de conquistar los deseos de los niños también es ampliamente compartida por los menores. El frecuente fracaso social sufrido por los niños se refleja en sus necesidades de buscar reconocimiento de la sociedad acerca de sus actos. Los bienes materiales poseídos por las milicias, paramilitares y ejército se tornaron ideales para los niños que creen que podrán conquistarlos con su inserción en el conflicto. Las películas y otros medios de comunicación refuerzan la violencia ficticia o real,

generando falsas esperanzas en los niños de que la guerra es una aventura y que los menores pueden tornarse héroes de su tiempo. Esas ideas también son difundidas por los reclutadores, quienes demuestran que la violencia hace parte del día a día de los niños y que las armas son herramientas para destacarse entre los civiles.

Algunos niños colombianos actúan motivados por una venganza personal contra grupos rivales que mataron a sus padres y amigos. No obstante, otros niños actúan en los conflictos para huir de la realidad de sus hogares. Los malos tratos son frecuentemente apuntados por los niños colombianos como motivo de su revuelta personal. Cometidos por sus propios padres o por sus padrastros, madrastras, tíos y tías, las palizas y violaciones sexuales no son punidos por el gobierno y sin saber a quien recurrir, los niños acaban tomando la justicia por sus propias manos.

Las niñas colombianas, así como otras niñas involucradas en conflictos, son más frecuentemente molestadas sexualmente. Además de ser responsabilizadas por la transmisión de enfermedades, las niñas también son consideradas culpadas cuando se vuelven embarazadas, ya que son obligadas a utilizar métodos anticonceptivos. En algunos grupos, el machismo es tan nítido que además de luchar las niñas deben ejecutar las tareas domésticas sin contestar.

De esta manera, percibimos que uno de los grandes problemas de Colombia es la ausencia de políticas que estimulen el desarrollo social y psicológico del ser humano y de las familias. La ausencia de estructuras económicas que puedan ofrecer mayores oportunidades a los civiles colombianos demuestra que la militarización del Estado no es suficiente para resolver los problemas generados por la violencia.

Por fin, observamos en los tres casos la necesidad de fortificar la infraestructura local, ya que las pocas instituciones sociales que se resisten al conflicto pasan a ser sitios de resistencia, donde los menores pueden retomar sus actividades diarias y reconstruir su dignidad. De esta manera, es a través de esas instituciones que los menores buscan reconstruir los sueños de su sociedad, ya que escuchan desde muy temprano historias de sus padres sobre una realidad distinta y prometedora, sobre una vida que los niños no conocieron, pero que viven desde siempre en su imaginario.

Es tarea de los Estados buscar la prevención de los conflictos que envuelven la vida de los niños y por lo tanto se deberían exterminar las raíces del problema. Mientras las personas no puedan creer que dividen el mismo poder de decisión y poseen el mismo acceso a los recursos, no será posible establecer una sociedad en la cual exista participación política y civil de todos, donde la libertad sea igualitaria para todos. Sin esos requisitos previos no será posible evitar el reclutamiento de niños.

Sin embargo, cabe a los líderes de la sociedad civil asumir su rol en beneficio del grupo social como un todo. Los gobiernos, además, deberán disminuir sus gastos militares y aumentar las inversiones en programas para el desarrollo; de otro modo, los conflictos seguirán vigentes. Revertir años de injusticias y corrupción no es una tarea sencilla, así como cambiar la estructura del sistema internacional, donde existió y siempre existirán los dominantes y los dominados. Mientras los intereses personales permanezcan, difícilmente se erradicarán los conflictos.

